

verdad se prosiguieron con mucha actividad en la que ellos manifestaban casi tanta compasion por la desventurada como temor de ser castigados. Se esparcieron por todos lados: en la casa, en el parque, dando gritos, llamando á Diana.

Marcial fué el primero que al resplandor de las hachas que llevaban los criados, creyó distinguir al fin de una calle de arboles una sombra blanca que andaba con velocidad. Corrió hácia aquella direccion, pero desapareció la sombra, y todos se lanzaron por dicha calle. Habian ganado ya bastante terreno para estar ciertos que no se habian engañado, y que la señorita de Chivry era quien corria de ese modo. Cada uno por su parte redoblaba su velocidad para alcanzarla.

—Deteneos! gritó de repente Marcial.

—Acababa de acordarse que esa calle terminaba en un vasto estanque en el que Diana, al verse perseguida, iba sin duda á arrojarse. Permanecieron todos inmóviles al oír el grito de Marcial, y aun Diana misma se paró en su carrera. Seguramente le habia impreso un recuerdo feliz esa voz sola

que habia resonado en sus oídos en aquel instante. Marcial así lo pensó, y acercando se despacio, empezó á decirle en tono de suplica:

—Diana..... yo soy..... es Marcial!

Ella habia inclinado el oído como para escuchar mejor esa voz amistosa; pero habiendo vacilado un momento, prosiguió su carrera.

—¡Querida hermana! ¡hermana mia! dijo Marcial, de este lado estoy..... ven, ven por aquí.

Diana se volvió á parar, mas luego que dejó la voz de hablar, continuó su fuga.

Entonces comprendió Marcial que solo hablándole sin interrupcion podria aproximarse á Diana lo bastante para cogerla; y en medio de la turbacion en que él se hallaba, se puso á decirle las cosas que creyó mas á propósito para detenerla, y siguió avanzando sobre ella diciéndole:

—Vuélvete Diana, tengo buenas noticias que darte.

Y ella escuchó.

—Ya no volverás á estar presa.....

Y seguia escuchando.

—Papá te perdona.....

Diana dió un paso hácia su hermano.

—Ahora han concluido tus disgustos, yo te lo aseguro....

Diana dió algunos pasos mas, y respondió:

—¡Eres tú Marcial! es cierto que tú eres!

—Sí Diana; sí, mi amada hermana; soy tu hermano que te quiere, que viene á consolarte, á socorrerte, á protegerte.

—Y dices que me ha perdonado mi padre?

—Sí, yo te lo juro;

—¡Y él? preguntó la ciega que no estaba ya sino á muy corta distancia de su hermano.

—¡Quién es él? interrogó Marcial.

—Al oír esta pregunta, retrocedió Diana con violencia y repitió:

—¡Quién! ¡quién!..... ¡pues que no sabes!..... ¡Ah! añadió llena de pavor, no es Marcial!

Y quiso emprender otra vez la fuga, pero su hermano ya se habia apoderado de ella. Diana quiso desasirse dando gritos pene-

trautes, y fué necesario valerse de la fuerza cargarla para llevársela á su habitacion.

Entonces la atacó un fuerte acceso nervioso, y no bastando Marcial para contenerla en su cama, le fué indispensable pasar en beneficio de su hermana por el auxilio de dos ó tres mujeres, de lo que resultó que oyesen como él cuanto aquella dijo durante su delirio. Por incoherentes que fuesen las palabras que pronunciaba sin hilacion alguna, las espresiones de doncella forzada y maldecida, los gritos de: ¡perdónenlo! se repetian con demasiada frecuencia para que no descubriese todo á los que estaban presentes ó escuchaban; alternaba el nombre de Leonardo Asthon con una voz de súplica unas veces, otras con un acento de desesperacion.

En fin, luego que se hubieron gastado las fuerzas de la infeliz con las terribles convulsiones que padecia, se fué calmando poco á poco. A continuacion cedió á una especie de somnolencia agitada durante la cual seguia murmurando algunas palabras, mientras que su cuerpo se estremecia aún de vez en cuando. Por último, su postra-

cion fué completa y durmió con un sueño tranquilo y profundo.

Entonces ya pudo Marcial quedarse solo con ella, y uniendo las sospechas que le habia causado la conducta de su padre y hermanos con lo que acababa de ver y oír, comprendió el infeliz la terrible desgracia que habia herido á su hermana; y no dudó ya que ese Leonardo Asthon fuese el mismo que habia traído la deshonra y la desolacion al seno de su familia.

Ese nombre de Leonardo Asthon era conocido para Marcial por el estrépito de su rebelion, y se acordaba perfectamente de haber visto que lo citaban hacia poco tiempo en los periódicos como el de un contumaz que acababa de constituirse preso. Pronto evocó tambien en su memoria el nombre de la ciudad donde Leonardo iba á ser juzgado otra vez; y recordando en fin el camino que habia tomado su padre, ya no pudo dudar que se hubiese dirigido á Nantes; pero estarian allí sus hermanos con él? se preguntaba. Si no lo habian acompañado, era seguro que Mr. de Chivry habia ido á Nantes para una conciliacion cuyo

éxito no era incierto; mas si tambien Jorge y Felipe se habian trasladado allí, sin duda se trataba de una satisfaccion sangrienta, por cuya razon Marcial quedaba en la misma incertidumbre de la que Diana no podia sacarlo.

Determinó pues salir del castillo así que hubiese tranquilizado á Diana con las mentiras mas alhagüeñas que le fueron posible inventar, y dirigirse en el acto á Nantes.

Sin embargo, luego que amaneció y Diana despertó, recordando confusamente lo que le habia sucedido la noche antes y preguntando si estaba en el castillo su hermano Marcial, le fué forzoso á éste buscar el mejor modo de esplicar á Diana por qué se encontraba á su lado, y como en sus primeras espresiones que le habia dirigido la noche anterior le hablaba de buenas noticias, de consuelo; se vió obligado á hacerle entrever alguna esperanza en la conversacion que tuvo con ella. Le confió pues, que ese Leonardo Asthon habia vuelto y que su padre se habia puesto en camino para verse con él. Pero Marcial ignoraba todas las particularidades de esta lamentable historia

y conoció que se habia adelantado demasiado, cuando supo de su hermana que Leonardo, despues de su primera prision, no se habia acordado de ella, ni durante su arresto en Angers, ni cuando huyó lejos de la Francia y de la Europa.

Entonces quizo Marcial saberlo todo, y tuvo la pobre ciega que referirle cuanto habia pasado en Machecoul, la escena infame del pabellon, la muy terrible de la muerte de Madama de Kermie, lo mucho que Diana habia sufrido en aquel lance, en fin, lo que padecia desde que estaba encerrada dentro del castillo del Grandpin.

Viendo Marcial que al cabo de tantos dolores ponía ella su fatal confianza en el falso porvenir que él acababa de presentarle, temió que se estraviase esta alma demasiado en sus locas esperanzas y que el dia que fuese preciso desilusionarla le cortase la vida probada yá por tantos padecimientos, ó la razon cansada ya con tan repetidos golpes. Así es que prefirió tambien por su parte decirle la verdad, refiriéndole lo que habia pasado en Paris entre él, su padre y sus hermanos; el cómo de su venida al

Grandpin para saber de ella ese secreto, y el motivo de no haber entrado en el acto á su habitacion. Solo al llegar aquí fué cuando él le preguntó qué razon habia tenido para fugarse de ella.

Diana habia escuchado á Marcial con profunda atencion; y conforme iba descubriendo que las espresiones que su hermano le habia dirigido la noche anterior, no eran mas que un artificio para apoderarse de ella, vagaba una sonrisa triste y silenciosa en sus labios; en fin, satisfaciendo á la pregunta que hizo Marcial sobre las razones que habia tenido para salirse de su cuarto, respondió:

—Oye Marcial: me sucedió en aquel momento lo que muy bien podria repetirse, si yo misma no procurase apartar de mi espíritu la incertidumbre horrible en que me dejan. Percibí el ruido de un coche; creí que era mi padre que volvía. Lo esperé. Pero cuando cesó el rumor de tu llegada, comprendí que no era mi padre quien venia, y no puedes figurarte la desesperacion que volví á padecer; me pareció que ya no se me consideraba como persona viviente en

la casa, y creí notar durante la ausencia de mi padre, la aprobacion del trato indigno de que he sido víctima desde que se fué; no volviendo á verme, mi padre me abandonaba al desprecio de sus criados: no valia mas la muerte! Se apoderó de mí esta idea y me dominó. Quise morir; pero para morir es preciso poder. Hubiera podido arrojarme desde ese balcon; pero aún conservaba suficiente juicio para saber que los que quieren perecer de éste modo, no logran romperse la cabeza cayendo de semejante altura, y por tanto busqué una muerte mas segura. Sin duda alguna que el cielo se ha apiadado de mí, por que me extravié cuando vdes. me andaban buscando como si no fueran siempre tinieblas en las que camino, porque una sombra inexplicable cubrió mis pensamientos; creo conocer cual será el dia de vuestros ojos, por lastinieblas que oscurecieron el dia de mi razon.

Vagaba por los senderos donde caminaba yo el dia anterior con tanta seguridad, sin poder reconocer mediante los indicios que tenia ya, los sitios donde me hallaba: la

noche de mi razon se trocó en una noche mas oscura y tuve miedo.

Pensé que podria vivir loca y ciega, y cuando tu voz hirió mis oidos, la escuché del mismo modo que tú mirarias un fanal en el horizonte. Luego, cuando callabas, volvian mis tinieblas; á poco hablabas, y parecia que volvía yo á ver. No me es posible explicarte esto de otro modo, pero en realidad no sé si comprendia el sentido de tus palabras; y cuando te apoderaste de mí, no tenia mas que un pensamiento, el de que me iban á encerrar otra vez en mi prision y á dejarme sola. Por Dios, Marcial, no me dejes aquí sola . . . . quédate conmigo, no me abandones . . . . .

—No, mi querida hermana, no me separaré de tí, dijo Marcial que no queria añadir á los padecimientos de su hermana la noticia demasiado violenta de su partida; y á pesar de esto deseaba ir á Nantes, no dudando ya de que su padre y hermanos estuviesen allí para buscar una reparacion sangrienta. Mas no solamente debia limitarse esta certidumbre á Marcial, y en breve penetró Diana igualmente el objeto del

viaje de su padre y hermanos conforme fueron coordinándose sus ideas lo bastante para que ella pudiese establecer la relacion que existia entre todas las circunstancias que acababan de serle reveladas.

Siguióse un largo silencio entre Marcial y Diana; durante este intervalo aquel buscaba el modo de anunciar á su hermana que era forzose separarse de ella; y esta habia, digamos así, recogido todos los rayos esparcidos de la conviccion, que de un momento á otro debia iluminar su espíritu, é instruirle del peligro á que su padre y hermanos iban á esponerse por ella.

Pero Marcial llegó por último á preguntarse si no seria mejor descubrir la verdad entera á Diana, que dejarla vagar por mas tiempo en medio de terribles dudas. Creyó pues éste que era el partido mas prudente, y así, le dijo:

—Ahora no tengo ya la menor duda de que mi padre y hermanos esten en Nantes.

—Sí, dijo Diana, estoy tambien segura que allí estan.

—Puede sobrevenir allí cierto suceso por el que sentirán quizá mi presencia.

—¿Qué suceso!

—No puedo preverlo, pero desearia llamarme á su lado cuando se vean con Leonardo Asthon.

—Y no podriamos nosotros llegar allí, preguntó Diana, antes que lo hayan visto?

—Nosotros! . . . . repitió Marcial.

—Sí, nosotros. . . . escucha Marcial: no es cierto que han ido mi padre y mis hermanos á Nantes para desafiario!

—Me lo temo.

—Pues bien, Marcial, . . . . no se batiran!

—¿Qué dices!

—Es preciso que yo vea á Leonardo antes que ellos.

—¿Tú!

—Yo. . . . me amaba. . . . y sino me amara, al menos me compadecerá. . . . Tu intentas dejarme, lo adiviné en tus primeras palabras: ¡Marcial, llévame contigo!

—Me es imposible, ¿qué diria mi padre!

—Si partes sin mí, Marcial, me daré la muerte, porque no quiero volverme loca.

—Me quedaré, pues, dijo Marcial.

—Y permitirás que maten á tus hermanos á quienes quiero salvar.

—No puedes hacerlo.

—Llévame y veras. Escucha, Marcial, si mata Leonardo á uno de mis hermanos, moriré, porque es prueba que me abandona del todo; si por el contrario, uno de los últimos mata á Leonardo, moriré tambien, porque la sangre que lave vuestra deshonra no borraré la mía. Por consiguiente aguardar aquí es para mí la muerte, la muerte, te lo juro.... Quieres acaso que yo muera!

—¡Pero que iras á pedirle á ese hombre!

—La honra.....

—¡Pobre hermana!

—¡Oh! no te desanimes Marcial, yo le haré la carga tan ligera y tan corta.... No son la felicidad y el amor que iré á pedirle.... Sino su nombre, su nombre, para llevarlo por breves dias solamente, por una hora siquiera. Este es un tiempo suficiente para que no se necesite de mas víctima que yo.

No sabremos decir si fué debilidad ó resolucion lo que obligó á Marcial á mostrarse diferente con la voluntad de Diana y á ceder al temor que tenia en dejarla entre-

gada á la soledad y al aislamiento fatal que su padre y la naturaleza le habian impuesto. Ademas, la presencia de Diana acaso podría despertar algunos remordimientos ó la conmiseracion en el pecho de Asthon: en fin cedió.

Partieron pues tan pronto como Diana se sintió bastante fuerte para levantarse de la cama, y llegaron á Nantes la noche misma en que se pronunciaba la sentencia de Leonardo. Se ocultaron en un hotel y Marcial logró fácilmente saber donde se habian alojado su padre y sus hermanos.

go como vuelva” mas á poco andar se preguntó Marcial por qué habria salido Leonardo tan temprano: se volvió para atras é indagó del mismo criado si sabia el motivo de la ausencia de su amo. Contestó aquel que el señor Asthon habia salido en coche con dos amigos suyos, y que habia oido dar la orden al cochero que los llevasen á la Houfsiniere. Este se asemejaba demasiado á cosa de desafio para no alarmar á Marcial. Corrió pues en el acto á la plaza Graslín, al hotel de Francia, y los informes mas claros que allí recibió, lo confirmaron en la certidumbre que iba á verificarse el combate que su hermana queria evitar.

Entonces sin pensar en la ansiedad en que quedaba su hermana, olvidando la esquila que habia dejado en casa de Leonardo Asthon, sin reflexionar por último que era ya demasiado tarde para que pudiese ser útil su intervencion, montó á caballo y corrió al lugar de la cita, donde ya se habia visto cómo llegó, como exasperado al ver heridos mortalmente á sus hermanos, quiso vengarlos, y en fin cómo lo contuvo y se lo llevó consigo su padre.

## XII.

Luego que amaneció, fué Marcial á casa de Leonardo á quien debia mandar entregar aquel, segun lo exigió su hermana, una esquila sencilla concebida en estos términos: “una mujer cuya existencia depende de la prontitud con que el señor don Leonardo Astohn se traslade á su lado, lo aguarda hoy por la mañana en la plaza real, hotel de los forasteros”

Marcial entregó la esquila en el hotel de Asthon sin reparar en que un criado le habia dicho: “Se la entregaré al señor tan lue-

Al retirarse de aquel campo de batalla donde acababan de sucumbir dos de sus hijos, Mr. de Chivry fué el primero que quitó de allí á Marcial; mas desde el momento que volvieron al coche, á Marcial le tocó prodigar los mayores cuidados á su padre.

Ya podrá fácilmente imaginarse el lector cuál seria la desesperacion de este anciano que acababa de ver morir á sus dos hijos mayores; espantosa desesperacion mezclada con el remordimiento, pues se acusaba de haber entregado él mismo á sus hijos á la muerte con el objeto de alcanzar una venganza que no era justa en su aplicacion. Era porque cuanto le habia parecido el dia anterior, deber y valor, ahora se le presentaba como preocupacion y locura. Era porque lo que invocaba una hora antes como un derecho sagrado del honor, ahora lo miraba como una obligacion bárbara que nuestras costumbres le imponian; por último era porque esta venganza en la que habia tenido fé, se le salia de las manos.

De este modo Mr. de Chivry, hombre justo y piadoso, de nombre distinguido y de

caudal fuerte, habia caido hasta ese grado fatal de desesperacion que es el destino de los mas miserables, y llegado casi á dudar de la justicia de Dios, á quien por decirlo así, habia encomendado su causa y á indignarse contra la justicia humana que no podia darle la proteccion suficiente contra el que deshonrara á su hijo y matara á sus dos hijos. Tales pensamientos conducen á veces á uno hasta el crimen, cuando se imprimen en la imaginacion de hombres en quienes los lazos del honor y de la religion no son bastantes fuertes para resistir al embate de golpe tan violento.

En ese caso, un hombre que se halla en la situacion de Mr. de Chivry, viéndose abandonado por el cielo y los hombres, se constituye él mismo en vengador supremo de su miseria, toma una pistola ó un cuchillo y asesina con la frente erguida á quien es causa de su deshonra y desesperacion, á éste le queda al menos, permítasenos esta expresion, un consuelo, porque aún conserva la esperanza de vengarse; pero á un hombre cual Mr. de Chivry, no le restaba mas recurso que el éxito incierto y miserable

de un juicio contra Leonardo Asthon. Le fué preciso pues volver á valerse de este arbitrio que él se hubiera avergonzado de adoptar el dia anterior. Y así, no quedaba mas remedio que presentar al seductor de su hija ante el tribunal superior del Departamento. Allí solicitaria y lograria sin duda la condenacion legal de Leonardo Asthon; pero para que pudiese pedirla sin que el mundo se lo tuviera á mal, habria sido preciso antes que la muerte de sus dos hijos le hubiesen dado el derecho de no avergonzarse de ello. Seguramente arrojaria á la cara de Leonardo Asthon la deshonra que le habia anunciado, mas le era forzoso proclamar previamente la de su hija.

Y mientras consideraba su agitado espíritu las distintas faces de su desgracia, los cadáveres de sus hijos se le presentaban sin cesar á la vista en medio de ellas; y á la vez que el hombre blasfemaba y maldecia lleno de cólera, gemia y lloraba el padre con toda la amargura de su corazon. Luego, volviéndose hácia Marcial, hácia este niño, débil caña que le habia libertado de la cosecha

de la familia, le pedia, le suplicaba y le hacia jurar por su honor que renunciase á la venganza de sus hermanos, á que no muriese y no lo abandonase.

Por consiguiente, esa tan intensa la desesperacion de este padre infeliz, que pocos hombres llegan á padecerla en este grado, y ya comprenderá el lector que no quedándole mas hijo que Marcial con quien llorar y sufrir, era natural que no quisiese preguntarle por qué y cómo habia venido. Le bastaba que su hijo estuviese en su lado, que hubiese querido morir, y que él mismo hubiese salvado á Marcial; he aquí lo único en que pensaba cuando se acordaba de este último.

A pesar de todo, fué suficiente el tiempo que emplearon para regresar de la Houfsniere al hotel, no diremos para calmar su desesperacion, pero sí para poner orden en sus ideas. En efecto, cuando Mr. de Chivry volvió á su morada, habian cesado ya esos sollozos, alborotados, ese llanto continuo, esos gritos desmedidos, esa furia, esas mal-

diciones, esos gemidos, todo aquel delirio consiguiente á los primeros instantes de padecimiento. Era una aflixion mas penetrante quizá, en la cuál, sin embargo, habian recobrado su asiento la resignacion cristiana y los deberes de un padre. Sufria mas, es cierto, pero lloraba menos y no hablaba palabra ya.

No obstante, su propio dolor, este silencio llenó de temor á Marcial; era porque en medio de todas las maldiciones y del llanto que salieron de su corazon paterno, no habia pronunciado tan solo una vez el nombre de Diana. No la habia incluido sin duda en las causas de su desgracia, ni contado en el número de las víctimas de esta tremenda desventura de familia. Por tanto, se hallaba Marcial en una ansiedad muy cruel tocante á los sentimientos que este nombre de su hermana despertaria en su padre, nombre que Marcial no se atrevia á proferir, cuando aquel parecia haberlo olvidado. Mucho menos se habria espuesto confesándole á su padre que Diana estaba en Nantes. Esta noticia podia irritar á Mr. de Chivry, y en el estado lamentable en que se encon-

traba, su cólera contra Marcial ó Diana, debia causarle un dolor mas, que su hijo estaba en el caso de evitarle.

Era pues tambien considerable la parte que tocaba á Marcial en aquella amarga aflixion; por que ademas de esto, pensaba en la angustia de su hermana que estaria esperando su vuelta, y en los nuevos padecimientos que este regreso iban á ocasionarle, cuando fuese preciso decirle que sus dos hermanos habian caido bajo el filo de la espada de Leonar o Asthon. Por otra parte, el pobre muchacho lloraba una desgracia que él no podia reparar ni vengar, no porque fuese demasiado débil, sino porque comprendia que el arrostar la muerte como sus hermanos, equivalia á abandonar á su padre y hermana. Por cuya razon invocaba en su auxilio todo su valor y toda su firmeza, para doblar la cerviz ante esa terrible desdicha.

Entretanto, trascurrian rápidas las horas en una de esas sombrías conversaciones en que se repiten cien veces las mismas quejas y los mismos pesares, y acaso hubiesen prolongado por mas tiempo, Mr. de Chivry y